

Los altibajos de la vida

Ejemplos de la vida de Daniel

Frank Binford HOLE

biblicom.org

El miedo al cambio, junto con la aprensión al futuro, es un gran obstáculo para muchos creyentes. Hemos comenzado nuestra carrera cristiana enfrentándonos al problema del pecado y encontrando en el Evangelio una solución divina a este problema. Después, surgió la cuestión del yo, y puede que hayamos encontrado una respuesta a esa pregunta, de modo que hasta cierto punto saboreamos la dulzura de la victoria sobre el pecado. Queda la cuestión de las circunstancias, y para la mayoría de nosotros es el problema más difícil de todos.

Un año está llegando a su fin, escribe el autor en 1915. Ha estado marcado por más y más profundos cambios que todos los que haya conocido esta generación. Llega un nuevo año y los presagios son oscuros; parece que se avecinan cambios más numerosos y profundos. ¿Cómo vamos a enfrentarnos a ellos? Hagámoslo recordando que, a través de estos mismos cambios, Dios nos enseña y nos beneficiaremos de esta instrucción durante la eternidad.

El cambio siempre ha sido una parte esencial de la educación de los santos de Dios. Las biografías de la Biblia lo atestiguan ampliamente, pero quizá ninguna vida ofrezca un ejemplo más sorprendente que la de Daniel. Consideremos su historia por un momento.

Comenzó la vida en una posición exaltada. Era «del linaje real de los príncipes... muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento». Era, en definitiva, de ascendencia real y perfectamente adaptado a su elevada posición, tanto física como mentalmente.

Sin embargo, muy pronto en su vida sufrió un revés que le hizo caer muy bajo. Jerusalén cae, ante la proeza militar de Babilonia. Sedeqías, su último rey, el jefe de la casa de David, es destronado, y Daniel, aunque se salvó con otros jóvenes príncipes en la matanza general, se encuentra cautivo en una tierra extranjera.

¿Se ha quejado? ¿Se entregó, suponiendo que «todo había terminado», a una vida tan fácil y agradable como era posible dadas las circunstancias? En absoluto. Todo lo contrario. Fue en ese mismo momento cuando, en el temor de Dios, tomó la resolución irrevocable de «no contaminarse» con la más mínima complicidad con la idolatría que impregnaba la atmósfera misma de Babilonia, costara lo que costara. Moral y espiritualmente, era mucho más grande siendo humillado que exaltado.

Sin embargo, los progresos que hizo durante este periodo de adversidad no hicieron más que allanar el camino para otro cambio. Su completa separación del mal por

causa de Dios le permitió adquirir un notable poder con Dios en la oración, y pronto se presentó una oportunidad que lo demostró. Cuando el tirano Nabucodonosor tuvo un sueño extraordinario, se olvidó de él y luego amenazó con matar a todos los sabios de Babilonia porque no podían recordar el sueño e interpretarlo, Daniel y sus compañeros suplicaron al cielo en oración hasta que el asunto le fue revelado. Pudo responder tan eficazmente a las exigencias del enfurecido rey que este no solo se inclinó ante él, rindiéndole homenaje, sino que confesó la suprema gloria del Dios de Daniel, y «le dio muchos honores y grandes dones, y le hizo gobernador de toda la provincia de Babilonia, y jefe supremo de todos los sabios de Babilonia» (Dan. 2:48).

Así, de golpe, Daniel se eleva de nuevo en el mundo. Su consagración no se vio alterada por esta repentina oleada de prosperidad; esto se hace muy evidente por lo que tenemos en el cuarto capítulo. Ningún hombre, sino el que caminaba con Dios, habría podido predecir el desastre y reprender al gran rey del que se dijo: «A quien quería mataba, y a quien quería daba vida; engrandecía a quien quería, y a quien quería humillaba» (Dan. 5:19). Por lo tanto, es obvio que Daniel, que estaba «establecido» en ese momento, no tenía miedo de ser «derribado». Tampoco hace falta decir que ningún hombre habría sido capaz de aconsejar audazmente justicia y misericordia como lo hizo, excepto un hombre que él mismo practicaba habitualmente estas virtudes.

El siguiente cambio se produjo en su momento. No tenemos constancia de cómo sucedió, pero [Daniel 5:11-13](#) afirma que así fue. Al parecer, Daniel fue olvidado durante muchos años. Puede ser que, con la muerte de Nabucodonosor, que lo respetaba, fuera olvidado; en cualquier caso, es evidente que vivió en un olvido total en la época de Belsasar. La reina madre, en el banquete de Belsasar en aquella noche fatal, se acuerda de él y de sus dones divinos, pero los mismos términos en que lo describe demuestran que para el rey y sus mil señores era totalmente desconocido.

¡Qué gran elogio para Daniel! No tenía parte ni destino en las iniquidades de la corte degenerada de Belsasar. Vemos aquí –¡a su honor!– al mismo Daniel que aparece por primera vez en [Daniel 1](#), resueltamente separado del mal. Y hay más que eso. Fue en los últimos años de este periodo de eclipse cuando recibió las dos primeras de esas maravillosas visiones que le fueron concedidas. Están registrados en [Daniel 7](#) y [Daniel 8](#). Durante este periodo de oscuridad estaba claramente en comunión con el cielo.

En esa última y terrible noche, Daniel atravesó el cielo caldeo como un meteoro. A

pesar de la naturaleza terrible de su mensaje y de su propio rechazo, despreciando los honores de Belsasar, fue vestido de escarlata, con una cadena de oro al cuello, y fue proclamado tercer gobernante del reino. Se relevó una vez más.

De pie, como él mismo sabía muy bien, solo durante unas breves horas. Esa misma noche, Babilonia cayó ante los ejércitos de Darío, Belsasar fue asesinado y el imperio caldeo desapareció. Como parte del tejido del gobierno en virtud de su nuevo nombramiento, Daniel cayó con él y, naturalmente, volvió a caer en el olvido.

Por tercera vez, el período en que había desaparecido de los ojos del mundo se convirtió en un período de grandes beneficios. Los dos primeros versículos de [Daniel 9](#) nos muestran que Daniel utilizó este nuevo tiempo de retiro para el estudio de las Escrituras. Al leer detenidamente el libro de Jeremías, se encontró con la profecía del capítulo 29, versículo 10 según la cual las desolaciones de Jerusalén se limitarían a 70 años en esta ocasión. El descubrimiento de esta gracia inesperada le hizo arrodillarse en confesión y oración. ¿No era el juicio del mismo poder que había derrocado a Jerusalén el amanecer de la esperanza? ¿No estaba a punto de terminar el tiempo de sus llantos? Su oración vibra de esperanza y arrepentimiento, y quien pueda leerla sin emoción, con frialdad, debe tener un corazón duro.

Su oración ferviente y eficaz era la de un hombre justo, y fue respondida inmediatamente. Otras revelaciones le llegaron antes de que dejara de orar, y fue a través de él que se dio la profecía de las «70 semanas», el calendario del destino de Israel, en el que se indicaba claramente el momento exacto de la muerte de su gran Mesías, y de nuestro adorable Salvador.

A su debido tiempo encontramos a Daniel exaltado. El hombre que camina con Dios en la adversidad no puede estar escondido. No sabemos cómo, pero de alguna manera sus excelentes cualidades se dan a conocer a Darío, el nuevo gobernante, y en [Daniel 6](#) lo vemos progresar en la escala, hasta que, como jefe de los tres presidentes sobre los príncipes, está cerca del rey en el ejercicio de la autoridad.

Una vez más, en esta posición exaltada, encontramos la misma fidelidad a Dios, sin temor a los hombres, unida a la gracia y la mansedumbre, y la ausencia de búsqueda de popularidad, cualidades por las que es justamente famoso. Nada es mayor prueba de fortaleza que la capacidad, en una gran crisis, de comportarse como siempre. El hombre débil reduce su vela para atrapar la brisa pasajera, y se conforma con lo que es popular, o trata de señalar su inconformismo volviéndose ultra, extremo y grosero. Daniel actuó «como lo solía hacer antes» (6:10).

Todos los niños de la escuela dominical saben cómo fue arrojado al foso de los leones, y no necesitamos repetirlo. A la mañana siguiente estaba de nuevo en pie, más alto que nunca si cabe, para mayor gloria de su Dios. Este período de exaltación duró mucho tiempo en el reinado de Ciro, probablemente hasta el final de su vida.

Con respecto a este periodo de prosperidad, se pueden decir dos cosas. En primer lugar, se le permitió ver el cumplimiento de la profecía de Jeremías y el decreto de reconstruir la amada Casa de Dios (véase [Dan. 6:10](#), [Esd. 1:1](#)). De hecho, desde su elevada posición, puede haber contribuido a su cumplimiento. En segundo lugar, seguía en contacto con Dios durante este último período de gran fama en la vejez. Fue en el tercer año de Ciro, dos años después de que se emitiera el decreto, cuando se le dio la visión final cerca del río Hidekel, y fue aclamado dos veces como «varón muy amado».

Esta visión terminó, como se registra en [Daniel 12](#), con una clara indicación a Daniel de que todavía iba a ser abatido, y eso en un eclipse más oscuro, según los estándares de la naturaleza, que todas las que hubiera conocido. Y, sin embargo, aunque la muerte le iba a apartar de la escena mucho antes de la llegada de la gloria prometida, de modo que el último «reposo» que iba a conocer sería la quietud de la tumba, no obstante, este sombrío anuncio estaba teñido del oro de este pensamiento, de que su tiempo de espera iba a ser una temporada de descanso, y con el pensamiento aún más brillante de que cuando la gloria se levantara y su bendición inundara la escena, no faltaría, pues «te levantarás para recibir tu heredad al fin de los días». Esta predicción le daba claramente el derecho de cerrar sus ojos envejecidos en la tierra, su corazón iluminado por la luz de la resurrección.

En el día de la gloria apacible e inmutable del Mesías, tú, Daniel, el hombre amado, mirarás hacia atrás en tu vida cambiante de altibajos y dirás: “Estas experiencias, aunque fueron difíciles en su momento, valieron la pena, porque han enriquecido mi alma para la eternidad con el conocimiento de Dios, que es como el oro purificado siete veces en un crisol».

Con este espíritu nos acercamos a lo desconocido de un nuevo año, con sus altibajos. Aunque somos conscientes de nuestra gran inferioridad con respecto a él, aún podemos cantar:

*“Atrévete a ser un Daniel,
Atrévete a estar de pie solo”.*

Pero si lo hacemos, haremos bien en asociar con él esa otra estrofa que dice:

*“El **Dios** que vivía en la época de Daniel
Es el mismo hoy”.*